

ARCHIVO CANAAN, PERIODO MALLORQUÍN

Lo que caracteriza las sociedades llamadas avanzadas es que tales sociedades consumen en la actualidad imágenes y no, como aquellas de antaño, creencias; son, pues, más liberales, menos fanáticas, pero son también más falsas.

ROLAND BARTHES

A mediados de los años setenta mi padre era un joven abogado recién asentado en Madrid. Por aquel entonces ni él ni mi madre sospechaban que la casual llamada del matrimonio Canaan a la puerta de su despacho iba a influenciar sus vidas, y en algún modo también la mía.

Yo nunca llegué a conocer a Carl y solo siendo un niño conocí a Aurelia. A mis ojos la Aurelia de entonces, una mujer de unos ochenta años, de rasgos mestizos y un acento a la hora de hablar en castellano casi indescifrable, era algo muy lejano y fuera del alcance de los libros de texto de la época. Pasear por los pasillos de su casa era como asistir a una lección de geografía e historia de caótico orden cronológico. Cuadros de tribus africanas y estatuas orientales se mezclaban con navajas, lanzas, puñales o el último modelo de reproductor VHS. De entre todos los objetos quizá el más fascinante era un pequeño binocular estereoscópico que reproducía imágenes tridimensionales de todos los rincones del planeta. Mi hermano Daniel y yo podíamos pasarnos horas tirados en el suelo con los ojos hundidos en los binoculares extasiados por el flujo de las imágenes. Fue un curso avanzado de historia pero también nuestro primer contacto con los paraísos artificiales de las imágenes.

Quién iba a suponer que después de haber pasado más de una década recorriendo medio planeta sería Mallorca el lugar que los Canaan elegirían para poner fin a sus viajes. Mirando las primeras fotografías realizadas a su llegada a Cala Rajada, a inicios de los años cincuenta, recuerdan a las de dos etnógrafos inspeccionando un territorio ignoto. En esas primeras fotografías los Canaan desaparecen de la imagen para fotografiar de manera paciente y reiterativa los mismos motivos. Calles desiertas sin asfaltar, imágenes de almendros en flor, el agua cristalina del mar o las ruinas de un Castillo. De vez en cuando aparece alguna figura humana a lo lejos que junto a su burro miran sorprendidos a la cámara. Me imagino tanto a Carl como a Aurelia devolviéndoles la mirada entre sorpresa y reconocimiento. Estás no son imágenes de un turista que quiere recordar de modo pasajero un instante, son las imágenes de alguien que quiere dar constancia de que un mundo así todavía existía en el viejo continente.

Es paradójico que aquello que les daba alas a los Canaan para viajar por medio mundo era a la vez aquello mismo de lo que huían. En plenos años cincuenta Estados Unidos como potencia triunfante empezaba a expandir su joven espíritu capitalista por el mundo. En aquel entonces Carl trabajaba de auditor para las diferentes delegaciones en el extranjero de la compañía petrolífera CALTEX y Aurelia, pintora aficionada, lo acompañaba retratando todo aquello que veía.

Aunque nunca conocí a Carl viendo sus fotos no puedo dejar de pensar en él como un Albert Camus a la americana. Me lo imagino en su escritorio con sus hojas de cuentas sumando y restando y luego volviendo a sumar eternos balances como un Sísifo moderno. No tardaría mucho tiempo Carl en toparse con el absurdo del proverbio americano “keeping up with the Joneses”. La ansiedad de la constante competitividad de la nueva sociedad de consumo hizo que cuando los Canaan llegaron a Cala Rajada, a sus ojos un rincón en un estado primitivo pre-capitalista pareciese un paraíso perdido. Paradójico también es que una vez decidieron instalarse en este vergel fuera para construir un hotel al que bautizaron con el ostentoso nombre El Castillo. Digamos que tanto a Carl como a Aurelia les llevaría tiempo desprenderse del nuevo mundo y su visión disneyficada de la historia para abrazar el antiguo; aunque cuando al final lo consiguieron la modernidad les sorprendió.

Los Canaan fotografiaron con fascinación las técnicas artesanales de la construcción de su hotel, su evolución hasta su finalización. También se encuentran imágenes de los que serían su leal cohorte de empleados: Pilar, Guapo, Gabriel, Matías... A partir de aquí poco a poco los Canaan empiezan a dejar de fotografiar lo que ven para comenzar ellos a ser los fotografiados. Al principio son fotos promocionales del hotel, pero poco a poco el origen es confuso. En muchos casos son imágenes de diversas procedencias tomadas por los propios visitantes del hotel. En cierto modo los Canaan empezaron lentamente a incorporarse al paisaje de Cala Rajada como un elemento exótico más. Tanto es así que con la apertura económica de mediados de los sesenta y el estallido del boom turístico el modo de hacer de los Canaan, amenazado por la nueva maquinaria hotelera, se quedó tan obsoleto y arcaico como la Cala Rajada que ellos encontraron. Una vez más tendrían que empaquetar sus enseres y desempolvar su máquina fotográfica para emprender el que sería su último viaje.

Leyendo los afectuosos comentarios escritos en este libro por la gente que los conoció, o de algún modo se tropezó con ellos, me alegra saber que los Canaan no llegaron a Cala Rajada simplemente para usurpar la sabiduría despreocupada en la que estaban inmersos los gabellins. Los Canaan no trajeron con ellos solamente las maravillas del nuevo mundo, sino que vinieron a expandir con su presencia los estrechos horizontes en los que estaba inmersa parte de la sociedad de aquella época. Tanto Aurelia como su marido dieron espacio a toda una galería de personas que encontraron en El Castillo la comprensión y la libertad que la sociedad del momento les negó. Homosexuales, almas sin patria, inmigrantes y por supuesto Marcelo, espíritu impetuoso a pesar de su discapacidad física.

Qué camino tomaron los gabellins tras el ambivalente legado de los Canaan es un juicio que solo le compete a ellos. En cuanto a lo que mi experiencia respecta, el espíritu explorador, enérgico, heterodoxo e inconformista de Aurelia ha sido siempre una fuente de inspiración.

SERGIO VEGA BORREGO